

CELCIT. Dramática Latinoamericana 268

ALCANZAR EL UNICORNIO

Guillermo Schmidhuber de la Mora

PERSONAJES: 5

El Padre, un escritor maduro

La Esposa

Martha, la hija mayor, soltera

María, la hija menor, divorciada

El Hijo, aún casado

Lugar: Casa del viejo poeta, en un país hispano

Tiempo: Hoy

Música sugerida: Adagietto de la 5ª sinfonía de Gustav Mahler.

Efectos sonoros: Lluvia dentro de un carrizo y sonidos minimalistas.

Efecto visual: La presencia del unicornio —con luz y proyección—, o acaso con un holograma.

Acto Único

Tiempo I "Preludio"

Las dos hijas están sentadas, exhaustas, en medio de la sala de estar de la casa del viejo poeta. Ambas dialogan mientras su padre está tras una puerta que comunica al baño.

María.— ¡Ésta es la última vez que acepto mudar muebles de un lado para el otro! ¡Una silla es una silla, aquí o allá!

Martha.— Para ti, sí, pero no para papá.

María.— Para que él aprenda lo qué es una silla, debería diseñarla, carpintearla,

colocarla en su sitio... y también mudarla.

Martha.— ¿Dudas que se vea mejor así?

María.— No dudo, lo afirmo, porque así estaba hace seis meses.

Martha.— No lo recuerdo.

María.— Hoy amaneció ese sillón en aquella esquina (apunta) y hoy va a dormir aquí. La mesita parece golondrina viajera, presto aquí y presto allá.

Martha.— Nuestro padre es amante de los rincones. Las madrigueras todos los días cambian.

María.— Hace años que no vemos un mueble nuevo, sólo estos vejestorios, que viajan constantemente, de aquí para allá, para luego ir acullá, como dice él (Señala hacia donde está el Artista).

La puerta se abre y aparece el Poeta, largas las piernas, enjuto el abdomen, victoriosa la espalda, orgulloso el cuello, la cara de gnomo, y abundante y rizada la cabellera blanca. Sus manos gesticulan con ademanes amplios. Viste de negro y su caminar es de paje real.

Padre.— ¿Ya se cansaron?

Martha.— No.

María.— Tomábamos el resuello.

El Artista se sienta en su sillón favorito, de alto respaldo y descansa brazos laterales. Se le ve feliz con el nuevo acomodo de los muebles.

Padre.— ¡Exacto! Creo que hemos alcanzado por fin la excelsitud.

Martha.— ¿Con mesas de estilos varios y muebles sacados del empeño?

Padre.— Nunca antes esta sala lució tan magnífica.

María.— Una sala magnífica que no recibe visitas.

Martha.— María dice que así estaba hace seis meses.

Padre.— ¡Mentira! La excelsitud no es repetible.

María.— Papá, más medida con las apreciaciones.

Padre.— Heráclito dijo que no te puedes bañar dos veces en el mismo río, y yo

agrego, no te puedes sentar en la misma silla dos veces, cambia la sala, cambias tú y cambió el mundo.

María.— (En derrota cómica.) Renuncio a ser estibador.

Padre.— ¿Por qué? Los estibadores son poetas a su modo, cargan los buques, los ven partir hacia los confines del mundo, y luego regresar plenos de otra carga, que es decir como de otra felicidad. El poeta lanza la palabra y ésta regresa como bumerang cargada de nuevos significados... ¿Saben qué significa mueble? Algo que posee la condición de movilización. Lo inmóvil no puede moverse, como la muerte. Los muebles, sí. Para mí los muebles deben ser tan inestables como La donna é mobile. Traduzco para ustedes: "La dama es veleidosa como la pluma al viento".

Martha.— Papá, acabas de comenzar a hablar y ya llegaste a la ópera, no puedes hablar de lo cotidiano sin caer en los excesos de la música de Wagner.

Padre.— Óyeme, Wagner no es mi músico favorito.

María.— Mío, sí, porque a él no le gustaba mover muebles. La escenografía de sus obras es tan colosal —tú mismo lo has afirmado— que también es inadmisibile y, por lo tanto, inmóvil.

Padre.— Ustedes dos nunca comprenderán el Romanticismo, por eso una, divorciada, y la otra, solitaria. Wagner durmió pocas veces solo. (Ríe.)

María.— Pues nosotras, sí, ¿verdad, hermana? Porque nos portamos bien por falta de tentador. (Todos ríen.)

Padre.— El amor no es tentación.

Martha.— Para mí, amar hoy a alguien, sería un castigo... Ya para qué.

Padre.— No acepto eso. El amor nunca se equivoca, y cuando se equivoca, nacen niños. (Ríen.)

María.— Entonces, ¿somos hijas del error?

Padre.— Yo no me equivoqué con su madre. Ha sido la mujer de mi vida.

María.— ¿Piensa ella lo mismo?

El padre duda y cambia de tema.

Padre.— Tienen razón, los muebles estaban así hace meses.

María.— Te lo dijimos.

Padre.— Pero si pasamos este mueble allí, y aquél, acá, la mesita la llevamos al empeño y la mesa grande la ponemos en la esquina, ¿Eh? ¿Qué opinan?

Martha.— Así estaba esta mañana antes de comenzar la mudanza.

Padre.— (Iracundo.) Está visto que en esta casa nunca habitaría un unicornio.

Pausa ante la estupefacción de las hijas. El hijo entra intempestivamente por la puerta principal.

Hijo.— ¿De qué hablan?

Martha.— Papá acaba de decir que en esta casa nunca viviría un unicornio.

Hijo.— ¿Para qué? Es un animal que no es comestible. ¿Y para qué queremos más cuernos? Basta y sobra con los que alguien le ha puesto a la dama de esta casa. (Saludo desenfadado.) Hola, papá. (Luego a sus hermanas, con un desinflado saludo.) Hola... ¡Qué bonita se ve la sala hoy!

María.— Como tú no moviste los muebles.

Hijo.— (Untuoso.) No, yo no los moví de lugar, pero sí sé apreciar el resultado, ¿verdad, papá?

Padre.— Tú nunca has sido el amor de tu esposa. Cuando naciste y te vi en la sala de partos, tan inerme, comprendí que nunca llegarías a dominar tu habitat. Siempre has sido esclavo de tu espacio, tu cuna determinó tu ser, y ahora tu cama te domina. Eres su esclavo.

Hijo.— (No entendió; por lo que entra al tema que ha llenado su pensamiento toda la mañana.) Papá, necesito algo de dinero (Las hijas se incorporan y se miran en complicidad.)

Padre.— ¿Cuánto?

Hijo.— Es para pagar el colegio de las niñas.

Padre.— Ellas son lo mejor que te ha dado la vida. (Va a un librero, abre un libro y localiza unos billetes que tenía escondidos.) Ten. (El hijo lo toma.) ¿Te basta con eso? (El padre ha conservado algunos billetes en su mano.)

Hijo.— (Arrebatando dos billetes más.) Gracias, papá. Me tengo que ir. Traigo el día complicado.

El hijo besa al padre en la frente y con la mano hace un signo informal de despedida, sin mirar a las hermanas, inicia mutis pero antes de salir se detiene a escuchar la recriminación de su hermana.

Martha.— ¡Papá, tenías dinero y no pagamos al casero! (A su hermano.) ¡Dame ese dinero!

Padre.— Este espacio es mío aunque no pague la renta.

María.— Pero nos pueden echar a la calle.

Padre.— De mejores sitios me han corrido (Sólo él ríe. El hijo ni se va ni se queda.)

Martha.— Ya me sé esa historia. Te echaron de tu boardilla de París y una ricachona se condolió y te dejó vivir en su edificio.

Padre.— (Complacido con la memoria de la hija.) Debí de hacer un cuento con esa historia.

Martha.— Pues hiciste historia con ese cuento, porque llevas más de diez desalojos de tu habitat, como dirías tú.

María.— Lo que pasa es que a papá le cae mal el casero.

Padre.— Mal del todo, no. (Contrito.) Le pagaré después.

Martha.— (Al Hermano.) Dame el dinero ahora y que él te dé más después.

Hijo.— ¡No! (Forcejean.)

Padre.— ¡No se lo des!

Martha.— (Desiste de su intento. Al Padre.) ¡Revisaré todos tus libros hasta que encuentre billetes!

Padre.— ¡No lo harás!

Martha.— ¡Buscaré bajo tu colchón!

Padre.— No guardo dinero bajo mi colchón.

María.— (A Martha.) ¿Por qué no escribes un cheque y lo firmas imitando la letra de papá?

Padre.— ¡Mis hijas me roban para pagar mis deudas!

Martha.— Pongo un poco de orden en tu magro presupuesto.

Padre.— Si yo fuera poderoso lo suficientemente poderoso, aboliría el dinero.

María.— (Adelantando el discurso ya antes oído.) Y la propiedad privada.

Martha.— (Continúa con la parodia.) A los bancos los convertiría en escuelas y en la bolsa de valores únicamente cotizaban poemas.

Padre.— (Contento.) ¿Te imaginas pagar al casero con un poema y que te diera cambio? (Todos ríen. El Padre bailotea y las hijas aplauden.) Nadie ha escrito un poema a un casero filántropo. (Más algarabía.)

María.— Un soneto a la renta impagable.

Padre.— (Gira bailoteando.) No. un soneto a la vida regalada... (Repentinamente pierde paso y se desploma inconsciente.)

Hijos.— (Ad libitum.) ¡Papá! ¿Qué te pasa? ¡Contéstame!

El Padre responde lentamente a los cuidados de los hijos. Abre los ojos extraviados, mira a sus hijas sin reconocerlas. Su cuerpo está flácido. Entre los tres hijos lo levantan y lo guían hasta su gran sillón favorito.

María.— Esta vez fue peor por lo imprevisto.

Martha.— Hacía una semana que no le pasaba.

María.— Cada vez camina con menos seguridad.

Hijo.— ¿Qué dijo el doctor la última vez?

María.— Papá nos prohibió que lo mencionáramos.

Hijo.— (Levantando la voz con autoridad.) Lo sé, pero qué dijo.

Martha.— Papá dice que es la baja presión y que con las gotitas que toma, se va a aliviar.

Hijo.— (Mintiendo.) Yo he estado preocupado y hablé con varios doctores.

Martha.— ¿Cuándo y con quiénes?

Hijo.— Hace dos semanas.

Martha.— Y no nos dijiste nada.

Hijo.— Ustedes obedecen demasiado a papá.

Martha.— ¿Y qué dijeron tus doctores?

Hijo.— Les llevé los exámenes y dicen que tiene demasiada presión acuosa en el

cerebro y que la única solución es operarlo y ponerle una válvula para que drene.

María.— Eso es peligroso.

Martha.— ¿Por qué no habías dicho nada antes?

Hijo.— Para no mortificar a mamá.

María.— Una operación así cuesta mucho dinero.

Padre.— (Recupera el conocimiento e inmediatamente habla con sorpresiva fuerza.) Dicen que se me está licuando el cerebro.

Hijo.— (Responde después de un instante.) Me preocupa que tus dos riquezas mejores, tu palabra y tu andar garboso, sea lo primero que pierdas.

Padre.— Yo moriré a los cien años gorjeando como una alondra. ¡No me operaré!

María.— ¡Claro que no! Si estás bien.

Martha.— (Al hijo, en reclamo.) ¿Por qué no me dijiste nada antes?

Hijo.— Si todos actuáramos con sensatez, los médicos ejercerían su profesión y todos estaríamos contentos, porque pagamos a los médicos y les ocultamos la verdad.

Padre.— ¡Cuál es la verdad! Ya quisiera verte cuando tengas mi edad. Tú pintas para ser un viejo achacoso, divorciado y solitario.

Martha.— No tenemos dinero para la operación.

Hijo.— Podríamos vender algunos libros.

Padre.— ¡Nunca! ¡Ni muerto! Todas mis posesiones irán a una Fundación. Mis manuscritos, mis libros y mis obras de arte.

Hijo.— ¿Presidiré yo la fundación, papá?

Padre.— Claro que no. Tendrá que ser presidida por un consejo de intelectuales.

Hijo.— (Colérico.) ¡Papá, yo sé leer!

Padre.— Pues es la única prueba que has dado de inteligencia.

Hijo.— No todos nacemos para ser poetas. Los orientales creen en siete inteligencias.

Padre.— Pues descubre una para ti, pues hasta ahora no hemos visto claro. (Ríe burlesco.)

María.— ¿Y si te pones enfermo?

Padre.— La mujer siempre le quita al hombre lo valeroso. Con su venia o sin su venia: ¡No me operaré!

Entra la Madre a escena. Es una bellísima mujer madura de piel color marfil. Está perfectamente maquillada, es un maniquí con visos de eternidad. Su caminar es de diosa antigua, apenas moviendo los pies. Su voz tiene la profundidad del clamor de una pitonisa.

Madre.— ¡Opérate! Ya he soportado de todo. Sueños sofocantes, delirios infecundos, pasmosas traiciones. Todo puedo soportar menos la invalidez. ¡Eso no lo resistiré!

María.— (Al Padre.) Yo te cuidaré.

Madre.— ¿Y quién te cuidará a ti cuando te agotes?

Martha.— Si no podemos pagar al casero, menos podremos pagar esa operación.

Hijo.— Papá tiene amigos poderosos que no lo dejarán morir.

Madre.— ¡O hablas bien y caminas bien, o no eres nadie! Los poetas escriben, pero también hablan y caminan. Los medios poetas medio hablan y medio caminan, pero no llegan a ningún lado. Tú has llegado casi a la cima, no te quedes allí. Tienes que ascender hasta el punto más alto. ¿Quieres otra invalidez? Yo no te he tenido en mi cama por años. Nunca te deseé, poco te tuve, y nunca te añoré, y eso que te añoraban tantas. ¡Pero no te soportaré paralizado! (El poeta ha quedado sorprendido.) ¡Inválido, no!

Padre.— (Contrito.) Pero camino todas las tardes.

Madre.— Pero nunca solo. Todas las tardes con alguna estúpida periodista, una bella entrevistadora en cada paseo. Tú dices buscan entrevista, pero tú entre conversación y conversación, sueñas con acostarte con todas. ¡En esta casa habitan tres mujeres completas y dos pedazos de hombre!

Padre.— Pero yo...

Hijos.— Pero, mamá...

Madre.— (Cortando.) ¡Tú decides! A ti te encanta Shakespeare. Tú afirmas que yo no lo puedo entender. ¿Cómo dijo Hamlet? Eres o no eres.

Padre.— (Corrige.) Ser o no ser.

Madre.— ¡Pues eso! No me gusta hablar en infinitivo. Para mí, o hablas y caminas, o has dejado de ser shakespeareano.

Padre.— ¡Está bien, tú ganas! ¡Me operaré!

Oscuro total. Fin del primer tiempo.

Tiempo II "Muerte"

Una luz central ilumina lentamente el centro de la sala de la casa del Poeta, justo donde está su sillón favorito. Su cara demacrada y su mente dormida preludian su muerte. Es un cristo barroco en pijamas. Poco a poco la luz permite ver a las dos hijas sentadas, inmóviles, a los pies del Poeta.

María.— Papá... Papá, sé que no me oyes y menos me puedes ver. Desde donde estés, escucha mi voz, recíbela benevolente. Te queremos. Vivo o dormido, te necesitamos.

Martha.— Guarda silencio. Dicen que el oído es lo último que se pierde.

María.— Por eso insisto en hablarle. Si a mis hijas les hablé cuando estaban en mi seno, ¿por qué no voy a conversar con mi padre moribundo?

Martha.— Porque no se está muriendo.

María.— Hermana, tenemos que aceptar que la operación fue un fracaso.

Martha.— ¡Fracaso del todo, no! Míralo, tiene una expresión plácida, ya no sufre, y está con nosotros.

María.— Sin papá, nuestra familia no sobrevivirá.

Martha.— Por eso tenemos que conservarlo vivo. Cueste lo que cueste.

María.— ¿Qué nos puede costar?

Martha se ha incorporado y toma una jofaina con agua, una esponja y jabón, para darle un baño refrescante al enfermo. Perfuma con una gota de elixir aromático el agua.

Martha.— A ustedes, nada les ha costado, porque han tenido la oportunidad de hacer sus vidas.

María.— Somos todos unos fracasados.

Martha.— Supieron salirse de su jardín interior, como papá decía, y sembraron en otros paraísos. Tú con tu marido. Cuando él se esfumó te dejó dos hijas que no parecen de humo. Nuestro hermano, caminó por la frontera, con un pie en el jardín interior de papá y otro fuera. Y se ha parado en el pie que le conviene, pero nunca ha sido tan libre como tú.

María.— Tú eres la que más esfuerzo ha invertido.

María se incorpora y camina. Mientras Martha sigue con la ablución.

Martha.— Mucho esfuerzo, pero no ha sido suficiente.

María.— Si papá muere, mamá tampoco sobrevivirá. ¿Te has fijado que nunca la hemos visto llorar?

Martha.— Ni una lágrima.

María.— Tú has sido la más fuerte.

Martha.— (Con ironía.) Soy la que más miedo he tenido.

María.— Eso no es cierto. Eres una fortaleza. Tú has parecido más padre y más madre de nosotros que ellos dos.

Martha.— (Sonríe y acaricia el rostro del Poeta.) Porque nunca dejaron de ser niños.

María.— Martha, presiento que se avecina lo peor. Ahora sobrevivimos con los apoyos de artista, pero no hay becas para la viuda literaria. Nunca he entendido porqué, si nuestro padre es tan apreciado como escritor, sus libros generan tan poco dinero.

Martha.— Si nuestro padre fuera europeo, sería otra cosa. Allá hasta los escritores mediocres triunfan, al menos económicamente. Aquí, la pluma no sostiene ni al poeta nacional.

Por la puerta principal entra el hijo.

Hijo.— Hola, ¿cómo amaneció papá?

María.— Por el tono de tu pregunta parecería que dices: ¿cómo? ¿amaneció papá?

Hijo.— Déjate de humor negro. ¿Y mamá?

María.— Bien sabes que no ha salido de su cuarto desde la operación.

Hijo.— Eso ya lo sé, pero algo debe decirles a ustedes.

Martha.— Nada (Continúa agresiva.) Mejor es que lo digas ya, vienes por más dinero.

Hijo.— Como tú no tienes hijos.

Martha.— Con querer a mis sobrinos me basta.

Hijo.— Yo no pido nada para mí, es para pagar la escuela de mi hija.

María.— ¿Cómo le fue en el examen de matemáticas?

Hijo.— No sé, supongo que bien.

María.— Era su última oportunidad, si no lo pasaba, la expulsaban de la escuela.

Hijo.— Pues allí sigue.

María.— Si nuestro padre nos hubiera repartido sus ayudas por partes iguales, Martha sería rica, mis hijos y yo seguiríamos siendo clase media, mientras que tú serías parte de los pobres.

Intempestivamente el hijo toma por un brazo a su hermana, la vence y la tortura, mientras María se queja.

Hijo.— Muy graciosa. Lástima que nuestro padre no puede escucharte porque se reiría de tu ingenio.

María.— ¡Ay, ay, ay!

El padre exhala un quejido. El hijo deja libre a su hermana.

Martha.— Silencio. (Al hijo.) Toma el dinero que te hace falta y lárgate. (A María.) Es mejor que te vayas con tus hijas, también. (Martha toma una chequera y se la arroja al Hijo, quien no la agarra al viento y se tiene que hincar para recogerla.)

Hijo.— (Se incorpora. Su voz es suplicante.) No sé imitar la firma de papá.

Martha.— (Cínica.) Papá está vivo y sabe firmar

María.— Pero no puede.

Martha.— Ustedes no pueden, porque ni cuenta bancaria tienen. Pero papá tiene firma, y eso es lo que vale. Y si no me crees, sólo tienes que mirar.

Martha pone un cheque sobre una mesa de enfermo y con su propia mano guía la mano de su padre para que firme.

María.— Es la misma mano y la misma pluma, ¿quién notará la diferencia.

Martha.— (Al Hijo.) Tu mano es maldita, como la de Edipo rey, porque si no mataste a nuestro padre, sí lo trepanaste.

Hijo.— ¡Fue la infección y al sacarle la válvula, lo dejaron, dormido!

María.— ¡El bello durmiente, pero lo puede besar una princesa... (Lo besa.)

Hijo.— Lo convertirás en sapo. (Solo el hermano ríe.)

Martha.— O cadáver. ¿Esto es lo que quieres?

Hijo.— Es imposible detener al andariego.

Martha.— Inmovilizaste al caminante y, además, silenciaste su palabra que era perfecta. ¡Eres un parricida!

Hijo.— ¡Pero papá está vivo!

Martha.— Vivo pero inmóvil. Yo quiero a mi padre vivo renegando, soñando con imposibles, cambiando muebles. ¡No lo quiero inmóvil, como un ángel de mármol sobre su tumba. ¡Lo necesito vivo! ¡Devuélveme a mi padre!

Hijo.— ¿No te das cuenta que somos sus herederos?

Martha.— Heredamos tan poco de su genio. María heredó su eterna esperanza; yo su deseo de perfección; y tú absolutamente nada. Un hombre pequeñito queriendo robar las últimas monedas a un moribundo. ¡No, yo no dediqué mi vida para que llegemos a esto!

Hijo.— (Burlesco.) La virgen fuerte.

Martha.— ¿Y para qué? Para salvar de la sofocación a nuestra madre y del hundimiento a nuestro padre. Mientras que ustedes dos han sabido gozar de la vida. Para eso fui doncella sin galán, y mujer sin gozo y ahora seré vieja sin madriguera. ¡No, no acepto este final! El mejor escritor del país es silenciado por su propio hijo, y la vida de la hija se pudrirá porque su sacrificio no sirvió para nada. No, hermano, yo no acepto que mi madre enviude de un hombre común y corriente y que nos quedemos sin padre para tener una cuenta bancaria. ¡Yo lo volveré a la vida!

Hijo.— Ni Dios podría.

Martha.— Para Dios no hay imposibles, lo que tiene que ser, será. Vivirá un mes o una centuria, pero lo quiero vivo como genio, no como nosotros que somos estúpidos, pero al menos las mujeres tuvimos el olfato de las bestias para identificar la luz en medio de la oscuridad. Ciegas no fuimos, aunque videntes, tampoco. Fuimos hijos del peor de los padres y del mejor de los poetas. ¿Qué hubieras preferido ser hijo de Cervantes o del último de los parias?

Hijo.— (No entendió las sutilezas del parlamento anterior.) Yo no soy ningún paria.

Martha.— Lo máximo que posees es la herencia de nuestros genes. Por tus espermias corre la genialidad, pero tú te salvaste y fuiste un hombre común.

Hijo.— ¡Pero yo pienso!

Martha.— Falso. Solamente existes. (El hermano guarda silencio.) ¡Muévete, apabúllate, enójate o desaparece!, pero lo que es, será. Tú le taladraste el cerebro a nuestro padre toda la vida, metafóricamente hablando, porque no fuiste el hijo que él soñaba. Pero al final lo lograste trepanar, no para que tú fueras genio, como Edipo que mató a su padre y fue mejor rey, sino para que él fuera un hombre corriente y común. Un donadie. ¿Qué logro has tenido al convertir al padre en un imbécil, en una planta, en alguien como tú? Dicen que los hombres y las mujeres provenimos del chango, pues tú lo has involucionado, lo llevaste hasta el perejil o el césped. Y hasta ahí nos obligas a ir.

Hijo.— Pero es que...

Martha.— (Cortando.) Todo hombre y toda mujer tienen que tener cinco dedos de frente. (Expresa con ademanes el parlamento siguiente.) Con el primero conoce; con el segundo, piensa; con el tercero, comprende; con el cuarto, duda; y con el quinto crea. Tú nunca pasaste del primer dedo, conocer. Nunca conociste a tu padre. Yo he dedicado cuarenta años para conocerlo, y nunca lo he comprendido. ¿Para qué mover los muebles cada dos meses para crear una nueva escenografía? ¿Para qué amar a una mujer y procrear tres hijos, sin darles la chispa divina de la creación?

Hijo.— Yo valgo tanto como él. He sido mejor padre que él y no conozco más

mujer que la que Dios me dio... ¡y no vivo de sueños!

Martha.— Te definiste como un cero a la derecha, que vale tanto como un cero a la izquierda. Yo he leído y comprendido la obra de mi padre, y tú lo que más admiras de él, son sus libros, los propios y especialmente los antiguos. Ambos los robas, los viejos los vendes, eso es comprensible, los primeros lo ves y también los vendes, con su firma o sin ella, para ti valen como documentos de papel fino, pero ambos son ilegibles para ti. Tú nunca podrás comprender uno de sus libros, pasaste tus ojos sobre cada letra, pero fuiste ciego, creíste leer entrelíneas pero reparaste en las líneas, sabes leer, pero no sabes leer.

El hijo saca un documento del bolsillo delantero de su saco.

Hijo.— Si sabes leer tan bien, pues lee.

Martha.— (Toma el papel y lo lee.) No entiendo.

Hijo.— Dices que eres inteligente y no entiendes. Es una orden judicial para declararlo senil.

Hijas.— ¡No!

Hijo.— Está seco, como tronco muerto.

Martha.— ¿Quieres declarar a tu padre incompetente porque no puede escribir ni su nombre? (Él asiente.) ¿Infirmante? (Asiente.) ¿Loco? (Con mayor entusiasmo asiente.)

Hijo.— Siempre lo estuvo.

María.— Nunca estuvo loco, siempre tuvo un lugar especial, se lo dieron los académicos y más de un presidente.

Martha.— Su cerebro—ese cebo que casi todos tenemos aquí arriba, menos tú— fue materia creativa. Creó las palabras, creó como Adán la manera de llamar las cosas y los animales. No solamente creó las palabras, sino creyó en ellas. Cuando él me llamaba, no pronunciaba mi nombre, sino clamaba por todas las Hijas del mundo, pero sólo yo ocurría. Creó las palabras, pero con sólo palabras no se puede crear un hombre. Dios mintió cuando dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza", y no dejó al hombre terminado, y ninguno de los dos sospechó lo que iba a ser una mujer. Tuvieron que corregir los hechos y Dios le

sacó una costilla a Adán dizque para crear a la mujer, un consuelo para su soledad, pero era para corregir la creación, ¿Cuál era la soledad? La de Adán o la de Dios, porque después el hombre tuvo compañía y Dios, soledad. Dios creó la estirpe del desencanto, mujeres procreando hijos para los hombres, pero no procreando hijas para las mujeres. La Biblia casi ni las nombra. Hasta que hoy, yo —una virgen— he creado al género humano. Mujeres gestando mujeres, en la oscuridad o en la luz, que a su vez procrean mujeres. Si nos nacen hombres, los ahogamos en un cubo de agua, como perritos al lado de perra paridora; si nace perra, salvada; si nace perrito, pues a nadar, si sobrevive es fuerte y merece vivir, pero si es débil, pues que se hunda.

Hijo.— Palabras, palabras, eres como mi padre, sólo palabras.

Martha.—. En un libro sagrado de los indios, cuyo nombre mi padre lo tiene guardado en su cerebro silenciado, dice que la única diferencia entre las víboras y las palabras, es que las víboras a veces pican y las palabras, siempre. Yo tengo cuarenta años de ser mordida por la serpiente del paraíso. Me muerde el cerebro [Aterrizamos], me chupa el ombligo, me besa las piernas, pero nunca ha posado sus colmillos en mi vientre. Las palabras no penetran, no hacen seña, muerden los labios, pero no la vagina. La vagina habla, tiene labios, tiene fruto. Yo tengo cerebro, ¿Y qué dice? Que lo incontable puede ser narrado, que lo insondable, puede ser escrito. Que la mujer, ¡somos la palabra! Tu padre no morirá del todo porque yo tengo sus genes, ¡no tú, hijo más que prodigo, sino yo! Ecce ancilla Domine. Si nuestro padre hablaba francés en medio de cualquier frase, ¿porque no voy a hablar latín? Las únicas palabras divinas que conozco ¡Soy una hija de la chingada, pero también una hija de perra! De perra brava, antes muerta que permitir que manches con un papel judicial la memoria de mi padre... y de mi madre. En la familia lo que no se tuvo, no se puede exigir, y lo que se tuvo, fue nuestra única herencia, sólo palabras, las que pasarás a tu hijo varón cuando lo puedas tener. Palabras que en mí se secarán cuando mi última menstruación se haga desierto.

Hijo.— ¡Estoy harto que imites la forma de hablar de mi padre!

María.— ¡Dejen de discutir! (María se aísla de la discusión siguiente, mientras

refresca con un pañuelo húmedo la cara y el cuello de su padre.)

Martha.— En el principio Dios creo la palabra...

Hijo.— Y la palabra se hizo carne entre nosotros. Eso se lo oí decir a él muchas veces y nunca le vi sentido.

Martha.— Hermano, lo único que nuestro padre puede heredarnos es la palabra. No hay dinero que la compre, y si alguien lo quiere comprar, lo que compra es la envidia. Con una palabra Dios creo al hombre "efeta", hágase. La virgen dijo sí para poder ser madre de Dios. Todos sabemos que Jesucristo murió diciendo siete palabras. Los ricos cuando mueren dejan riqueza y algunos deudos. Nuestro padre nos hereda, no el reino de los cielos, sino el reino de la palabra, que es aún mayor. Amamos con la palabra porque la palabra besa y muerde. Y todo lo malo de la historia parte de no saber hablar, guerra por falta de palabras, y morimos porque exhalamos el último suspiro sin decir palabra. (Llora.)

Hijo.— (Fatuo.) ¡Yo no sé hablar y nunca aprendí a escribir bien, pero no lo he necesitado!

Martha.— Nuestro padre está casi muerto y ya no hablará más, su palabra ha sido suspendida, a la mitad de un concierto y ya no habrá aplauso. Sólo silencio. Pero ese silencio es nuestra oportunidad de hablar. Nuestro padre llenó todos los espacios, no hubo espacio para la mujer, ni para el primogénito, ni para la hija. Pero ahora su mudez es muerte. Yo nunca aprendí a decir no o a decir sí. Pero de ahora en adelante sólo pronunciaré un continuado y esperanzador sí.

Hijo.— No te entiendo. No eres alguien. Siempre serás nada. La tía que no se casó por cuidar a los abuelos. Él te sorbió la vida como se chupa el néctar de una flor, un día de vida con una gota de dulzura. A mí él no me dejó ser. Fue mucho para mí, lo reconozco. Si hubiera sido futbolista, a los veinticinco años hubiera estado acabado; a los cuarenta si hubiera sido actor; a los cincuenta, si político y a los sesenta, si empresario. Pero fue escritor y los escritores son eternos, aun después de que la guadaña pone su fin.

Martha.— (Sinceramente sorprendida.) Nunca te escuché hablar así.

Hijo.— Porque sólo tuviste oídos para él.

Martha.— (Con inmenso dolor) Ahora se acabó su show y comienza el nuestro.

Mientras podamos firmar por él, sobreviviremos. Pero el día que muera. Yo seré simplemente huérfana porque el dinero nunca me ha importado, pero tú serás primero pobre y después huérfano. A los escritores se les entierra en la rotunda de los hombres ilustres, pero no en las volutas de los bancos. Nuestro padre ganó mucha plata, para la poca tinta que utilizó porque escribió poco, aunque mágicamente. Tú debiste ser líder sindical o jefe de aduana, labores inferiores, cuando más chofer de político.

Hijo.— ¡Tú ni eso!

Martha.— Yo un día me di cuenta que podía hacer muchas cosas, pero solamente una perfecta: una hija tan buena como no la hay en la Biblia. Pronto ya no podré ayudar a mi padre, pero aún no termino de ser el bastón de mi madre.

Hijo.— ¿Mi madre o nuestra madre?

Martha.— La paternidad y la maternidad se dan, pero la filiación se gana palmo a palmo, con interminable sufrimiento..

Hijo.— (A gritos.) ¡Yo he sido un buen hijo!

Martha.— ¿Cómo? ¿Con falsos papeles para darlo por muerto antes de que Dios se lo lleve?

Hijo.— ¡Antes te soporté porque estaba papá, pero ahora nada me detendrá!

Hija.— Antes no pudiste porque estaba él, y ahora no podrás porque estoy yo.

Toma la hija el documento y lo rompe ante los ojos estupefactos del hermano.

Martha.— ¡Ahora sabrás quien manda en la familia!

El hijo se lanza sobre Martha y la abofetea. El alboroto es grande.

María.— ¡Mamá! ¡Mamá!

Entra la madre.

Madre.— ¿Qué pasa?

Hijo.— Nada, mamá. (Recoge los trozos del documento.)

Madre.— Las voces se oían tan altas, que creí que había muerto.

María.— No, duerme.

Madre.— Tu padre decía que hay una obra que se llama La vida es sueño. Ese hombre que fue su padre (La hija niega con la cabeza), no fue mi pariente, fue un hombre que conocí en un baile. Yo un día comprendí que me había casado con un trompo, porque giraba y giraba, pero estaba equivocada, porque comprendí que me había casado con un cometa porque volaba y volaba. No sabría decir si yo agarraba los hilos, o estaba colgando de uno. Un día no hubo más hilo. Se fue a volar creyendo que era cóndor. Pocos han volado tan magníficamente. (Mira al cenit vacío.) Pronto perdió la vista, se volvió miope, pero creyó que era porque volaba más alto. Después fue perdiendo plumas, una a una. Se le cayeron las garras y el pico, y ahora está ahí esperando sobrevivir el último aterrizaje. (Mira al nódulo vacío.) ¿Saben qué me sostuvo cerca de él? No estar tan cerca que me quemara el sol, como le pasó a Faetón en la historia que contaba tu padre. Pero tampoco estar tan lejos que no pudiera recoger a la gaviota del ala rota. Él siempre persiguió lo imposible, quiso escuchar lo inaudito y comer lo improbable. Persiguió la belleza de la palabra, primero escribiéndolas, después eso no le bastó, tuvo que comerse las palabras, o más que comérselas, escupirlas hablando a todas horas. En todos estos años yo no he hablado ni escrito una palabra, pero he imaginado que cohabitaba con un ser imposible, no con un hombre, sino con un unicornio. Tu padre acechaba la palabra hasta quererla corporeizar. Yo tenía mi unicornio vivo, díscolo y entrañable, pero mío. Una bestia inefable para mi jardín interior. (Llora.)

María.— Mamá, nunca te había visto llorar.

Madre.— (Perdiendo el aliento.) Sentí de pronto como un desasosiego, el alma se me fue en pleno. (La madre mira al Poeta, quien había muerto hacía unos instantes.) ¡Está muerto!

Las hijas se aproximan al inmóvil poeta y gimen con dolor.

María.— ¡Papá!

Martha. — ¡Papá, ya nos abandonaste!

Madre.— Perdieron a su padre y pronto perderán a su madre. Vivía para él,

aunque no quisiera. Él me quería a su manera. Me amó más que ninguna mujer, pero nunca me amó más que a todas. Exigió lo que no proveía. Ahora se ha ido. Viuda y huérfanos quedamos de quien nos quiso mucho a su manera. Más amaba hablar que recibir el amor que le ofrecimos sus interlocutores. Voló al recinto de Dios, y yo no lo voy a dejar sólo allá arriba... o en las profundidades del infierno. ¡Hijos, organicemos el mejor de los funerales! Ha muerto su padre, el poeta nacional, aunque siempre nos mantuvo en la miseria y nada habrá que heredemos. La muerte de los grandes es exactamente igual a la muerte de los mínimos. (Pausa.) Poco tiempo me queda. Murió él y pronto moriré yo. Palabras fuimos y en polvo de palabras habremos de convertirnos. ¡Polvos que fueron sacros y polvos que fueron paria regresarán al caos que nos rodea, conjuntados y revueltos, lo mismo da!

Con inmenso cariño la madre besa la frente del cadáver del Poeta. Las hijas se acercan a su padre y lloran en silencio. El Hijo permanece de pie y en actitud retadora. La luz se va extinguiendo hasta que se hace el oscuro. Fin del Tiempo Segundo.

Tiempo III "Resurrección"

Desde la muerte del Padre han pasado varias semanas. La sala está llena de cajas que avisan una mudanza. Únicamente el sillón —ahora vacío— está posicionado exactamente en el mismo lugar.

Martha.— El sillón no estaba allí.

María.— La verdad es que movimos tantas veces el acomodo que no lo recuerdo.

Martha.— Tenemos que dejarlo con precisión donde estaba.

María.— Da igual.

Martha.— (Subrayando.) A mí no me da igual. Quiero verlo por última vez exactamente como cuando murió. Acaso así podamos disolver el mal augurio que ese día aquí se forjó. Fue entonces cuando tomamos la vereda equivocada, debemos regresar atrás al punto del desconcierto y romper el hechizo que nos robó a nuestro padre.

María.— Nos duele su muerte, pero ya nada podemos hacer.

Martha.— Movimos todo para poner su féretro, aquí lo velamos y ahora hay que poner nuestro universo en equilibrio.

Toma el sillón con ambas manos y lo desliza hasta el centro, de manera que el mueble quede frente al público.

María.— (Arreglando el empaque en las cajas.) ¿Qué vamos a hacer sin papá?

Martha.— Tú y nuestro hermano, lo mismo, pero ahora sin dinero.

María.— ¿Y tú?

Martha.— Cuidaré de mamá.

María.— Me refiero a tu vida. Has vivido demasiados años cuidando a otro.

¿Cuándo vas a ver por ti?

Martha.— Cuando papá vivía, estaba conforme con mi vida, pero ahora no sabría qué decirte.

Se abre la puerta principal y entra el hijo.

Hijo.— ¿Moviendo los muebles otra vez? (Ríe burlesco.)

Martha.— Queremos poner el sillón como la última vez.

Hijo.— Creo que está demasiado cercano.

El hijo intenta moverlo y Martha se lo impide.

Martha.— ¡Déjalo como está!

Hijo.— ¡Así no estaba!

Martha.— ¡No te atrevas a moverlo!

Hijo.— No sólo lo moveré, sino que de ahora en adelante yo mandaré dónde se ponen las cosas.

Luchan los hermanos y triunfa el varón. Martha ha caído al piso. María acude al auxilio de su hermana.

María.— ¡No veo la necesidad de tanto alboroto!

Hijo.— Entiéndanlo de una vez por todas. Ahora soy el hombre de la familia.

Martha.— ¿Y nos vas a mantener?

Hijo.— Todos dispondremos de lo que dejó papá.

Martha.— ¿Y seguirás llevándote los libros valiosos y robando las botellas de vino?

Hijo.— Ustedes ni leen, ni beben.

María.— Lo único de valor que dejó nuestro padre, es la biblioteca.

Martha.— Y los derechos de autor.

Hijo.— Lo que sea, será de todos, pero yo lo administraré.

Martha.— ¡No lo harás!

María.— ¡No hay para qué discutir! No hay dinero, ni testamento.

Hijo.— La última voluntad de nuestro padre fue que cuidáramos de mamá, lo demás nada importa.

Martha.— ¡Tú trajiste a esta casa la tentación maléfica! ¡Tú convenciste a mamá!

Hijo.— Así lo quiso Dios.

Martha.— ¡No, tú primero lo inmovilizaste y, ahora, quieres tomar el control!

Pero no te dejaré. En esta casa viviremos como si papá no hubiera muerto.

Pensaremos que se fue a un largo viaje a... Nínive, o más lejos.

Hijo.— Estaba enfermo y la ciencia médica no pudo salvarlo.

Martha.— ¡Tú lo embaucaste! No estaba tan enfermo.

Hijo.— Tuvo los mejores médicos.

Martha.— ¡Pues no fueron suficiente!

Entra la Madre. Su desarreglo personal es notorio, viste una bata casera y pantuflas.

Madre.— Nada fue suficiente para él.

Hijo.— ¡Mamá!

Madre.— Nada le bastó. Siempre quiso más. Cuando nos casamos, éramos un par de provincianos. Él podía haber sido maestro, o hasta presidente municipal de su pueblo, pero no, él quería ser escritor. Luego fue escritor, de renombre, entonces decidió ser el poeta nacional, y lo fue, y quiso más, quiso pasar a la

fama, tuvo aquel programa televisivo nacional, y al final quiso todo, y todo lo tuvo y todo lo perdió. Ya no salió en televisión, le molestó la fama y regresó a su pueblo, dejó de escribir, y al final, dejó de hablar y de moverse. Perdió todo, menos a nosotros... (El Hijo se sienta en el sillón del padre.) No puedo recordarlo vivo. Cuando estaba inmóvil, sentía que su figura viva se había borrado de mi memoria, como si siempre hubiera estado así.

Martha.— Mamá, ¿cómo pudiste convivir con papá?

Madre.— Porque en el fondo era un niño, un niño anciano.

Martha.— ¿Cómo pudiste perdonarlo?

Madre.— Perdonar es fácil cuando no se acumulan los agravios.

María.— Mamá, ¿Y las otras?

Madre.— Fueron muchos perdones, al principio con dolor, luego con escepticismo. Un día decidió casarse con una, y yo no le negué el divorcio.

Martha.— No lo sabía.

Madre.— Eran ustedes niños. Yo les dije que su padre se había ido de viaje, y ustedes lo creyeron.

María.— ¿Y por qué regresó?

Madre.— Por los mismos motivos porque se fue. Un día se presentó con sus maletas y me dijo: “¿Te quieres casar conmigo nuevamente?” Y yo contesté: “Lo que Dios une, nadie lo puede separar.”

María.— ¿Y se volvieron a casar?

Madre.— Claro.

María.— (Sonríe.) Eso sí que es una historia de amor.

Martha.— ¿Cómo pudiste aceptarlo?

Madre.— No fue virtud, ni tampoco amor. yo siempre supe que un día me iba a abandonar, como también supe que él iba a regresar. Él decía que nuestro matrimonio era místico. Era maldito y bendito, simultáneamente.

María.— Ahora eres una viuda literaria.

Martha.— Como Clarita, la viuda de Rulfo.

Hijo.— O Kodama, la viuda de Borges.

Madre.— Por tu padre conocí a todos los grandes escritores de Latinoamérica. La

mayoría estaban solos y sobrevivían a la deriva. Unos pocos tenían anclas en una mujer. Para su padre yo fue el ancla de su vida.

Martha.— ¿Sabes qué te reprocho, madre?

Madre.— ¿Qué?

Martha.— Que siempre favoreciste a los hombres, a nuestro padre y a nuestro hermano. ¡Míralo ahora! Sentado en el trono. Los reyes de la casa.

Hijo.— Yo siempre fui bueno con mamá.

Martha.— Nosotros nunca importamos nada.

María.— A mí nada me hizo falta.

Martha.— ¡Claro! Como tienes el don de escuchar, mi padre hablaba contigo las horas. Y a mí me hablaba cuando me recriminaba algo. Tú, mamá, fuiste igual.

Madre.— Estás en un error. Yo no tuve favoritos. Lo que pasa es que amarlos a ustedes fue fácil. Se dejaban querer. Pero tú, hijo, hay que quererte mucho para no dejar de quererte. Tú saliste poquitero en el arte de vivir. Con poco te conformas. Nunca podrás llenar ese sillón.

El hijo se incorpora como impulsado por una descarga eléctrica. Su expresión de ira es notoria. Dice su último parlamento mientras inicia mutis.

Hijo.— Tus palabras son hirientes, pero recuerda que también para ti soy el hombre de la casa.

Madre.— Nadie sustituirá a tu padre. Vive tu vida y haz lo tuyo, que bastante camino te queda por andar. Yo te acepto y te quiero como eres, gratuitamente. Nada has cosechado. Ahora es tiempo de buscar merecimientos.

Hijo.— ¡Muera el rey, que viva el rey!

El hijo sale dando un portazo.

Martha.— ¿Y yo? ¿Qué significo para ti?

Madre.— Una incógnita, ¿por qué una hija tan parecida a su madre... no la puedo querer?

Martha.— A mi manera, yo te quiero, mamá.

Madre.— Yo creo en el placer de servir, y tú también, pero no sabemos demostrar nuestro cariño. Aprende de María, ella sí sabe dar amor.

María.— (Asiente.) Si no me dan cariño, lo arretrato, pero sin cariño no me quedo.

Martha.— Por eso te prodigas en tantos amores.

María.— Es mejor amar a muchos, que construir una burbuja de soledad como tú.

Martha.— No te bastó un marido, amén de otras entretenciones.

María.— No me importa que hables de eso frente de mamá, a ella le cuento todo. No es como papá, que había que decirle lo que quería oír. Era la única forma de poder relacionarse con él.

Madre.— Martha, hace un momento me preguntaste que cómo pude perdonar a tu padre. Les voy a contar un secreto. Cuando el número de sus desatinos era mayor de lo que podía digerir, en las madrugadas me sentaba a pensar frente a su sillón. Una noche cuando estaba ebria de mis pensamientos, sentí una presencia extraña. En la penumbra descubrí que en el sillón estaba un animal doméstico, blanco, primero pensé que era un gato, pero después vi que era un ser maravilloso, un unicornio. Me miraba con ojos de ternura que solicitaban amor. Si me acercaba, desaparecía; cuando se desvanecía su imagen, parecía que se refugiaba en mi conciencia, porque desaparecía el laberinto de las palabras y ya no había rencores para seguir rumiando. Cuando perdía la concentración, el unicornio se esfumaba, todo regresaba a la normalidad, pero yo conservaba ese profundo sentimiento de sosiego. Luego me abrumaban los recuerdos tristes y tenía que buscar a mi unicornio. Cuando lo llamaba, no aparecía; cuando dejaba de citarlo, me sorprendía con su presencia. (Mira a la hija.) Martha, por eso pude perdonar, y por eso hoy me siento en paz.

María.— ¡Yo quiero ver al unicornio!

Madre.— ¿Ahora? (La hija asiente con fuerza.) Está bien, apaga la luz. Siéntate frente al sillón de su padre y trata de concentrarse.

María apaga la luz. En la penumbra mágica, las tres mujeres contemplan el sillón vacío.

Madre.— Guarden silencio y llamen al unicornio con sus voces interiores.

La escena queda detenida. Ninguna de las mujeres se mueve, Una luz tenue ilumina el centro del sillón, su intensidad fluctúa levemente. Un sonido minimalista, como de lluvia, y una flauta embrujan la escena. La luz se opaca y el sonido desaparece. Regresa la luz tintineante y el sonido casi monocorde. Desaparecen de nuevo. Por medio de proyección —en el futuro de un holograma— irá apareciendo un unicornio parpadeante. Es móvil, mira a la madre, luego a María, pero nunca mira a Martha. Llega incluso a mirar al público. Martha contempla con desagrado las expresiones faciales de su madre y de su hermana. Repentinamente Martha se incorpora, golpea el sillón hasta que queda ladeado. María enciende la luz.

Martha.— (Furiosa.) ¡Mentiras! ¡Esto es falso! ¿Cómo se atreven a mentirme de esa manera?

María.— ¡Pero yo lo vi! Yo vi al unicornio.

Madre.— Yo también, y me miró con ternura.

Martha.— ¿Han perdido la razón?

Madre.—Hija, todos estamos alterados. Mañana nos mudaremos. Nunca volverá a existir este espacio. En el nuevo departamento, no habrá lugar para este sillón, habrá que venderlo como tantas cosas.

Martha.— Perdón, mamá, pero nunca me había sentido tan sola. Vi sus rostros transfigurados por la visión. Yo estaba aquí, pero como si estuviera en otros espacios... como si me hubiera muerto.

Madre.— ¡Tu padre decía que los antiguos deseaban... alcanzar el unicornio! El unicornio es el único animal que no puede vivir en cautiverio. Tu padre era un unicornio. Yo intenté domesticarlo... Dicen que únicamente una doncella puede cazarlo. Yo nunca logré atraparlo, pero aprendí a amar a mi unicornio.

María.— Mamá, tus palabras son hermosas.

Madre.— En este hogar, fuimos bendecidos con el dios de la palabra. Tú padre escribió realismo mágico y habló como profeta. Algo le debo de haber aprendido... Hay que ir a dormir, mañana acabaremos de quitar la casa.

La Madre besa a las hijas y hace mutis. Por su andar y su expresión corporal, por primera vez la vemos extremadamente vieja.

María.— ¿Quieres que me quede a dormir contigo?

Martha.— No hace falta. Vete ya.

Las hermanas se besan con amor. Sale María. Martha arregla algunas cosas. Apaga la luz. La escena queda en oscuro por un instante. Una penumbra mínima aparece como si nuestra pupila se adaptara. Martha se dirige hacia donde salió su madre. Se detiene. Piensa. Regresa. Va a la silla en donde estaba sentada su madre hace unos minutos. El sillón del Poeta está de espaldas al público. Martha se concentra. Sus voces interiores llaman a su padre. El sillón se moviliza y gira pausadamente. En el sillón está sentado el Padre. Sus ojos abiertos y su posición erguida e inmóvil, lo hacen parecer una estatua. Cuando la figura del padre ha quedado frente del público, un rayo cenital, mágicamente azul, baña de luz al Padre. Éste se levanta e inicia su parlamento final. Martha contempla gozosa el milagro.

Padre.— (Habla y mira al vacío escénico. Nunca se dirige a la hija.) Qué irónico es que cuando aprendemos a vivir tenemos que morirnos. Mejor sería nacer ancianos y recorrer la vida hacia atrás, y gozar de la juventud con los ojos del hombre maduro, y luego despedirnos de la vida en la infancia maravillosa, y entrar en el útero materno y desaparecer.

Su cuerpo es misteriosamente vital. Deambula con movimientos energéticos.

Padre.— Hay dos cosas en la vida que nadie enseña: Amar y morir. No existe la universidad de la Muerte. Así como somos torpes con el primer amor, así somos torpes con nuestra primera y única muerte.

Morir no es un evento instantáneo. Ya lo viví. Duramos en desaparecer. Nunca volveré a hojear mis queridos libros. Nunca moveré otra pieza de ajedrez. No volveré a escribir una línea. Ahora fue jaque mate al poeta. Me mataron la palabra. No volveré a besar a mis hijos, ni a mis cinco nietos. Ahora quisiera

haber sido más cariñoso con mi esposa. Aunque quise recorrer caminos dulcísimos, en mi vida siempre sembré amargura.

A María le heredaré mi ansia de vivir... Al torpe de mi hijo, le legaré un poco de mi audacia para que aprenda a ser feliz... (Por primera vez mira a la hija.) Y a Martha, la que fue mi báculo, a la que le viví su vida sin que profiriera una queja, a ella le daré toneladas de agradecimiento. Gracias, hija, porque mi felicidad fue tu felicidad, y ahora tengo la certeza de que tu propio sendero te conducirá no sólo a seguir dando amor, sino también a aprender a amarte.

El Padre se acerca a la Hija con pasos lentos, que van cambiando de ser humanos a ser animalescos. Su posición erguida pasa a ser cuadrúpeda. Parecería un animal que ronroneando se acerca a una doncella con la solicitud de miramiento.

Por mis venas la sangre se va quedando quieta. Mi corazón palpita en desconcierto como reloj descompensado.

La hija se sienta en el sillón y el Poeta acurruca amoroso su cabeza en el regazo filial.

Mi mente va perdiendo las ideas... Mis pensamientos se van convirtiendo en gaseosos, hasta suprimir las imágenes mentales.

La mano de la doncella palpa el único cuerno del unicornio, lo acaricia. Agarra con ambas manos la cornamenta y la troza. El sonido de un cristal que se quiebra. El unicornio boquea.

Han desaparecido las palabras... y será ahora... cuando tenga que... enfrentar... el Misterio.

La doncella se incorpora y con esfuerzo acurruca al animal herido sobre el sillón, lo recarga y lo acomoda hasta reproducir la posición mortuoria del final del Segundo Tiempo. La luz va desapareciendo con lentitud, hasta sólo dibujar en la penumbra, el rostro resplandeciente de Martha. La mirada de la doncella se

observa místicamente transfigurada.

Martha.— Padre, adiós... Ahora me siento conforme con la vida. Estoy en concordia conmigo misma... porque he alcanzado mi Unicornio.

La última imagen conservada en la retina del público, es el cuerno resplandeciendo mágicamente entre las manos de la doncella. Oscuro total. Fin de la obra.

Guillermo Schmidhuber. Correo electrónico: gschmidhuber@yahoo.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2008

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar